



“...Yo veré si soy capaz de cumplir con mi deber, que es tan duro y penoso. Pero, pase lo que pase, jamás olvidaré el desinterés de los camaradas que me habéis hecho jefe nacional, por creerme el más dispuesto al sacrificio y pensando únicamente en el bien del Movimiento. Siempre he pensado que sin la unidad de mando no se va a parte alguna”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 352 (2ª Época). Enero 2022

- 1. Neruda y Panero: poetas de mundos diferentes.** José María García de Tuñón Aza
- 2. Las decepciones de la vida.** Manuel Parra Celaya
- 3. La tentación conservadora.** Carlos León Roch
- 4. La mañana del día de Reyes.** José María Ramírez Asencio
- 5. Cuando la República pisoteó los esfuerzos de José Antonio por evitar la Guerra Civil.** Manuel Pérez Villatoro
- 6. El último fascista.** José M^a Asencio Gallego
- 7. Parada en Delfos.** Luis Sánchez-Moliní
- 8. ¡Falange sí, Franco no!** Ediciones Fides
- 9. Castilla por su muerte.** José García Nieto



Cuando José Antonio pronunció aquellas palabras que decían: «¡Ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!», no eran, precisamente, palabras vacías ni faltas de contenido porque no pasaría demasiado tiempo sin que Leopoldo Panero, frente al Canto general que escribió Pablo Neruda, alzara el español su Canto personal expresando así el sentir y el pensar de un grupo de poetas afines a una generación a la que ellos pertenecían!

Hay un momento en que Pablo Neruda en su Canto general dedica un poema «a Miguel Hernández asesinado (sic) en los presidios de España» y es, probablemente, el que causa mayor desesperación a Leopoldo Panero:

Que sepan los que te mataron que pagarán con sangre.

Que sepan los que te dieron tormento que me verán

un día.

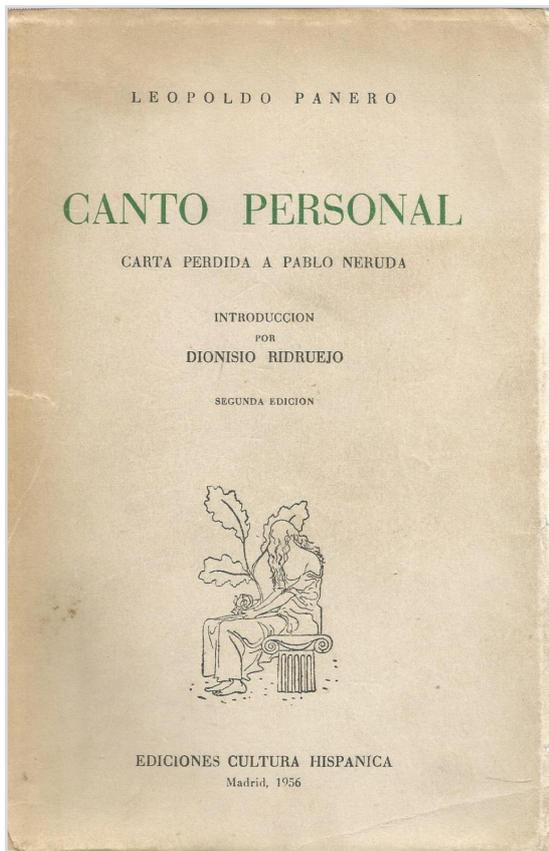
Que sepan los malditos que hoy incluyen tu nombre

en sus libros, los Dámasos, los Gerardos, los hijos

de perra, silenciosos cómplices del verdugo,

que no será borrado tu martirio, y tu muerte

caerá sobre toda su luna de cobardes...



Leopoldo Panero lee la ofensa y el insulto de Pablo Neruda a sus amigos Dámaso Alonso y Gerardo Diego y sale en su defensa: Tus insultos de perra son tu anillo / de Judas, agarrado a tu pescuezo. También porque, dice Ridruejo, todo el poema de Neruda es un insulto a España y que queda reflejado, a título de ejemplo, en estos versos: España entró hasta el Sur del Mundo. Agobiados / exploraron la nieve los altos españoles. / El Bío Bío, grave río, / le dijo a España: «Detente» ... Así pues, un Martes Santo 31 de marzo de 1953, marchó Panero a pasar la Semana Santa a su casa de Castrillo. La idea de contestar a Neruda le dominaba y se sintió moralmente obligado a hacerlo. Además, tenía la completa seguridad que si el propio Miguel Hernández hubiera vivido habría sido él quien escribiera una carta análoga al poeta chileno. En los ocho días que

permaneció en Astorga compuso la mayor parte del poema, con principio y con final: «podría decirse que era una versión reducida del texto publicado, pero sin que faltase nada esencial». A su regreso a la capital de España es en el bar de nombre exótico Ombú donde Leopoldo Panero sigue escribiendo el poema grande, fluyente y estremecedor que finalizaría a últimos de mayo, en el tiempo pues, en que las acacias han tardado en abrir completamente sus hojas esta primavera, como muy bien nos repite Ridruejo.

¡Es tan fácil saber de dónde mana

la rabia de la voz, que cuando hablo

es como si vibrara una campana

interior y profunda! Pablo, Pablo,
ni un obrero te escucha o se despierta
dormido entre la rosa y el establo...

Cuando Panero escribió su Canto personal en contestación al Canto general de Pablo Neruda, separados en aquellos momentos por inmensos espacios, no estaba pensando solamente en escribir la poesía que él sabía escribir, sino que quería salir al paso de la ofensa que el chileno hacía a España y a sus amigos Dámaso Alonso y Gerardo Diego. A la histeria antiespañola de Neruda, opone Panero una caritativa hidalguía, que no le impide alzar la voz cuando el caso lo requiere.

Pablo: mira la noche. Nos promete
majestad de insondable permanencia,
fidelidad lejana. Pablo: vete.

El poeta español Eugenio de Nora, a la muerte de Panero, dice que «el Canto no es, después de todo, un libro doctrinal ni un panfleto, ni un discurso político, sino precisamente –y ahí está el nudo de la cuestión– una obra poética». Estas palabras recogidas por José García Nieto son, en opinión de éste, un acierto totalmente. Y Dionisio Ridruejo, también con acierto, dice: «Con mucho valor ha puesto, sobre la belleza y la pobreza de España, su orgullo y su tragedia Leopoldo Panero. No ha querido omitir nada: ni siquiera a Miguel Hernández o a Federico García Lorca».

Así, pues, la voz de Panero, sincera, recia y vigorosa, opone caridad al odio y verdad al amaño de la propaganda. Con su contestación Panero se coloca definitivamente en el sitio que le corresponde en la poesía española. Y, enfrente también, de la poesía que destruye.

Posiblemente, nuestro primer desencanto en la vida fue cuando, a fuerza de realismo infantil y de confianzas malintencionadas de algún compañero de clase, nos enteramos del secreto de los Reyes Magos; claro que a esas edades -por lo menos, en aquella época- estaba muy desarrollada la capacidad de resiliencia, de forma que la frustración desaparecía pronto e iban apareciendo nuevas ilusiones.

En los años de la adolescencia, era -y es- inevitable que fueran surgiendo otras desilusiones, especialmente de índole sentimental; aprendíamos a la letra la fragilidad de ese amor líquido que tan bien ha descrito Bauman; y, poco a poco, entrados en la edad juvenil, aprendimos a desconfiar de los amigos de ocasión, del maquillaje femenino y de la belleza de unas piernas femeninas enfundadas en unos recios pantalones tejanos. Eran aprendizajes necesarios, generalmente sin más consecuencias.



Pero la sensación de frustración forma parte de la naturaleza humana y, transcurridos los años, bastantes experiencias nos han ido curando de espanto, como se podrá observar en algunos ejemplos a continuación, que seguro serán compartidos por muchos de los lectores.

Así, las grandes y sonoras palabras, como democracia, que hemos visto transformarse en realidades mucho menos halagüeñas pero más reales: partidocracia, plutocracia, olocracia, demagogia... Durante la Transición, echamos unas risas al contemplar los esfuerzos de bastantes demócratas de toda la vida, y, a la vez, empezamos a desconfiar de que nuestros representantes elegidos en los comicios merecieran ese nombre.

Dejamos de creer en las promesas electorales, esas que nunca solían cumplirse, especialmente en casa de los más desfavorecidos; no vimos por ninguna parte políticos con tendencia a ser estadistas, y sí gurús, farsantes o simples influencers.

Algo más grave es que la tozuda realidad nos ha llevado a ir desconfiando de la rotunda afirmación de que vivimos en un Estado de Derecho, de que todos los españoles somos iguales ante la ley y de que el poder ejecutivo es independiente de las veleidades del ejecutivo.

Nos suena a burla pasada aquello de que el sistema autonómico iba a terminar con el molesto centralismo y que serviría para acercar la Administración a los ciudadanos; ahora sabemos que la verdad es que se han instalado diecisiete molestos centralismos y que se ha institucionalizado un régimen de reinos de taifas, con la permanente coartada para mayor gloria de los nacionalismos separatistas más reaccionarios.

La libertad de expresión, tan anhelada y manoseada, quedó como frase hueca, a golpe de silencios decretados, de exclusiones sectarias y, sobre todo, de generosas subvenciones a los propios y nulas para los discrepantes. En términos generales, las libertades quedaron sobrenadando la superficie, mientras se ponían trabas a la libertad profunda, que es la verdadera y garante del resto de ejercicios.

Hemos aprendido también a desconfiar sistemáticamente de cualquier tipo de propaganda, no solo comercial sino sobre todo política; y, por supuesto, de la propaganda propia, de quienes se llaman afines.

Por si faltara poco, han ido predominando -incluso con poder coercitivo- las versiones oficiales de la historia, en especial de la reciente; en esto hemos sobrepasado con creces a otras naciones de nuestro entorno, y, para más inri, estas interpretaciones unilaterales están trufadas de ignorancia y de malevolencia; queda claro que se trata de controlar el pasado para hacer lo propio con el presente y con el futuro.

No se excluyen de estas desilusiones adultas las tapaderas supuestamente religiosas, que suelen ocultar guisos de naturaleza política, haciendo así de lo sagrado subterfugio de lo profano y, a lo mejor, de lo simoníaco.

A todo esto, las fake news están a la orden del día y se funden y confunden con las noticias verdaderas, que quedan muchas veces amordazadas por una implacable censura, peor que la de los estúpidos censores de antaño, preocupados por los escotes y la longitud de las faldas de las señoras.

De este modo, nuestra generación ha ido afrontando desengaños y frustraciones. Pero, como en el caso de aquellos niños de antaño que descubrían la dulce trampa de los Reyes, hemos desarrollado una tremenda capacidad de resiliencia que nos ha impedido, a Dios gracias, convertirnos en indiferentes y escépticos ante la realidad que nos circunda y la que esperamos ver en un futuro mejor. Sí, más deconfiados...

Muchos hemos mantenido, contra viento y marea, unas creencias, unas ideas y unos valores; la primera, saber que Dios está ahí y no duerme, que España sigue teniendo realidad histórica y capacidad de crearse su porvenir en torno a un proyecto auténtico e ilusionante; que la verdad, la belleza y el bien no dependen de mayorías o minorías que los voten...

A veces, parecen resonar, como consigna a nuestra edad, aquellas palabras de Douglas Mc Arthur: “Uno no se vuelve viejo por haber cumplido un cierto número de años; se vuelve viejo porque ha desertado de los ideales. Los años arrugan la piel, pero renunciar a los ideales arruga el alma”.

3

La tentación conservadora

Carlos León Roch

¡Viva, viva la Revolución; viva ,viva Falange de las JONS...”

Muchos de nosotros, ya en un inevitable atardecer de la vida, cantábamos en nuestra juventud ese crepitante grito, en los actos, en las calles: ”que Sí queremos el Estado Sindical... “, entre otros versos. Lo gritamos en la juventud, lo soñamos después y lo recordamos ahora; ahora que nuestra voz no es tan potente, ni tan vibrante, pero nuestro afán permanece. Aquel afán revolucionario, idealizado, utópico, llenó nuestros decenios primaverales, con las miradas en los luceros, las camisas remangadas ¡en los noviembreros del Valle!

Tras la época heroica, las frustraciones, las labores profesionales, las familias, la diáspora de los camaradas, amortiguaron gritos, exigencias y conductas. De la Revolución Pendiente muchos pasamos a la ”profunda reforma”. Tanto que -algunos- seguimos con la Reforma Social Española del llorado Manolo Cantarero, en su intento frustrado de darle una salida al falangismo. Y casi todos, nos hicimos “reformistas,” con nuestras canas, nuestras adiposidades, nuestro aburguesamiento. Ciertamente no todos, porque han perdurado grupos que, como en el 33 permanecían inasequibles al desaliento, y seguían gritando en los Actos, en las calles.

Fueley de vida. Pero muchos de los que –inevitablemente-nos aburguesamos, seguimos aspirando, más sosegadamente, a la Patria, el Pan y la Justicia. Y seguimos intentando que nuestra conducta sea de izquierdas y de derechas, con los dos ojos bien abiertos.

Si durante años muchos de los nuestros nutrieron las filas izquierdistas donde esperaban reencontrar aquellos ímpetus iniciales, ahora, en la sociedad consumista, antiheroica, alejada de lo Alto en la que deambulamos, muchos de los que antes se decían falangistas y ahora apenas manifiestan un leve regusto joseantoniano, apoyan – ya sin remilgos- las tendencias políticas abiertamente conservadoras.

Son excamaradas que, si hace decenios renunciaron al ¡Viva, Viva La Revolución! , también lo han hecho con el Reformismo, y solo miran al José Antonio juvenil, inmaduro, de antes de 1933, al de la Unión Patriótica de su padre. Pese a todo, personalmente, me sigo esforzando en tener los dos ojos bien abiertos. Y sigo gritando –flojito, eso sí- ¡Arriba España”.

4

La mañana del día de Reyes

José M^a Ramirez Asencio

Carmen se había quedado embarazada, y aunque tenían prácticamente decidido casarse, les pilló totalmente por sorpresa la noticia.

No estaban listos para aquello. Él estaba preparando su tesis doctoral y Carmen comenzaba por entonces a trabajar en una empresa de publicidad importante.

El joven ginecólogo al que acudió Carmen les dijo más o menos, a las veintiuna semanas de embarazo, que algo iba mal. El feto tenía alguna patología que ellos no entendieron bien y el embarazo seguramente fuera corto, habría que precipitar el parto pronto. Que el bebé, si finalmente nacía, presentaría una discapacidad importante.... y aún estaban a tiempo de cortar aquello... si así lo querían.

Ambos intentaron convencerse a sí mismos de que esa no era la razón que les impulsó a tomar la decisión. No, ellos no eran así, no eran personas egoístas y mucho menos unos cínicos. No, simplemente es que no podían tener ese bebé en ese momento.

No era buen momento para cargarse con la responsabilidad de un crío.... No tenían dinero para sacar adelante el día a día, menos aún con otro ser al que dar todo lo necesario, comida, vestido, pañales... Aún menos se consideraban capacitados para criar un bebé.

Pedro era hijo único y no tenía por tanto experiencia siquiera de cuidar hermanos más pequeños que él. Además, no le gustaban demasiado los niños. De hecho, Carmen y él no se habían planteado la idea de tenerlos nunca....

Por su parte, Carmen era demasiado celosa para con su intimidad, con su tiempo de ocio y, sobre todo, estaba muy centrada en su carrera profesional. En este aspecto era quizá más ambiciosa que Pedro.

A todo esto, se añadía que no tenían medios económicos para contratar a nadie que cuidara al crío cuando este viniera al mundo si querían seguir él con su tesis y ella con su progresión en la empresa. Tampoco podían contar con la ayuda de abuelos. Los padres de Carmen habían fallecido los dos.

En cuanto a Pedro, su padre estaba vivo, pero era como si no lo estuviera. Para Pedro no, desde que engañó a su madre con una compañera de trabajo y, aunque ésta le había perdonado, él no se sentía capaz de hacerlo.

Siempre había querido mucho a su padre. Para él, como para casi todos los críos cuando son pequeños, era su ídolo, su héroe, la perfección hecha hombre, y aquella muestra de debilidad que tanto daño hizo a su madre, a pesar de que Manuel, su padre, intento explicársela, no pudo soportarla. Y acabó por distanciarlos.

Además, ambos hombres eran igualmente orgullosos y ni uno ni otro quería dar su brazo a torcer a pesar del perdón de María, la madre de Pedro.

De modo que no lo dijeron a nadie, lo guardaron para ellos y buscaron una clínica donde le practicaran el aborto a Carmen. Apenas lo dudaron, realmente pareció que la idea de no tener ese bebé les nació a los dos al mismo tiempo y no había discusión ni dudas al respecto.

Definitivamente no era el momento. De hecho, quizá nunca lo sería, pero en adelante tendrían más cuidado.

Así que un día gris de diciembre, en esa clínica del centro, Carmen abortó.

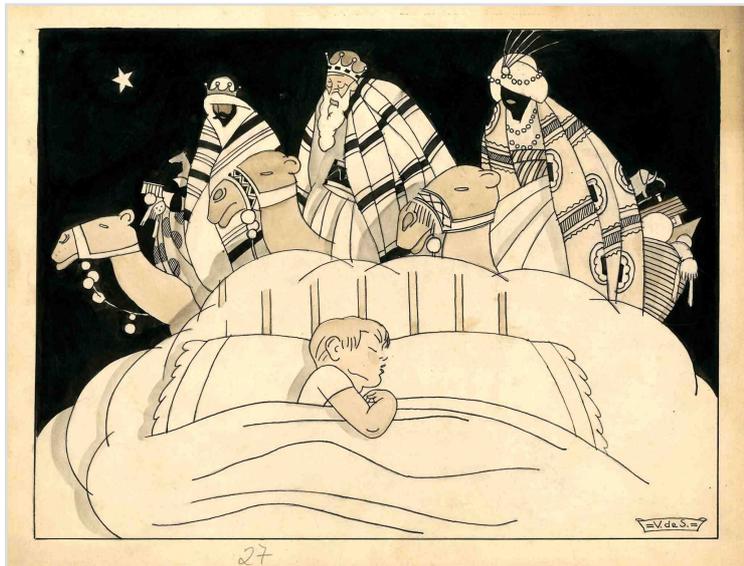
No fue nada traumático, tampoco se sentían demasiado mal ni culpables. De todas formas, esa criatura no sabría nunca que podría haber venido al mundo. Y ellos no le podrían haber dado ni el tiempo, ni la atención, ni los cuidados que precisara.

Así que se fueron a cenar para olvidarlo y pasaron esa imprevista página de su vida.

Unos meses después se casaron.

Ahora, sobre todo en Navidad y, más que ningún día, el de Reyes, lamentaba esa decisión juvenil.

Vivía apartado de su única familia cercana, su padre, por eso que ocurrió hacía años y que ya ni siquiera recordaba con nitidez. Carmen y él se habían separado hacía



ya tres años. La vida profesional de ella terminó por no ser compatible con una vida de matrimonio. Y él lo único que deseaba cada mañana al despertar y abrir los ojos en su cama era tener una familia a la que cuidar, de la que preocuparse, con la que compartir todo. Sentía que se había comportado tan egoístamente como acusaba a su padre haber sido. Y ahora estaba solo. Completamente solo. Rompió a llorar hundiendo su rostro en la almohada. Era la

mañana del día de Reyes.

Pedro se despertó sudoroso y agitado, una angustia insoportable le atenazaba el pecho, era la mañana del seis de enero, día de Reyes. Achacó esta perturbación en principio a los meses tan raros que llevaban vividos desde que aquella maldita pandemia se empeñó en amargarles la vida.

Confundido miró a su izquierda. Carmen aún dormía. Recordaba retazos de una pesadilla. Su mejilla estaba húmeda, ¿quizá lágrimas? Estaba desorientado y confuso.

– ¡¡Carmen, Carmen!! ¡¡Despierta!! ¡¡Es la mañana de Reyes!!

Una luz tenue entraba por entre los visillos, los describió ansioso. Un sol que aún estaba bajo en el horizonte prometía un día luminoso. En aquel instante una personita entró en la habitación de Carmen y Pedro, con un andar torpe e inseguro. Su cuerpecito frágil de siete u ocho años albergaba una niña de once.

-Papá, papá, ¿han venido lo Reyes? Recuerda que el abuelo dijo que teníamos que ir a su casa también para ver qué dejaban allí. ¿Recuerdas?

Pedro la miró con todo el amor y la ternura que puede caber en un corazón, la abrazó con todas sus fuerzas y la besó varias veces.

- ¡¡Papá!! ¡¡Me aprietas!! , dijo la niña.

- ¿Han venido ya los Reyes, papá?

Entonces Pedro volvió a apretar entre sus brazos a su frágil y pequeña hija y dijo entre lágrimas, ahora reales, no soñadas:

- Claro que han venido, Cayetana. Y te han traído a ti, hija mía

5

Cuando la República pisoteó los esfuerzos de José Antonio por evitar la Guerra Civil

Manuel Pérez Villatoro para ABC

A José Antonio Primo de Rivera, uno de los brazos ejecutores de la dialéctica de los puños y las pistolas en los años treinta, el golpe de Estado de 1936 le pilló en prisión. En la de Alicante, para ser más concretos, donde había dado con sus huesos acusado de una infinidad de delitos como tenencia ilícita de armas. La sublevación supuso para él un mazazo, pues su objetivo era ascender hasta la poltrona cual mesías y desempeñar un papel clave en el nuevo programa gubernamental alumbrado tras la caída de la Segunda República. Que ahí es nada. Acorde a los planes, la futura Guerra Civil era para él un desastre a todos los niveles: político, social y humano.

Quizá por ello, el líder de la Falange intentó mover los hilos que tenía a su disposición y valerse de su popularidad para detener la Guerra Civil que se barruntaba. Todo ello, mediante un plan tan curioso como práctico: mediar entre ambos bandos y formar un Gobierno de concentración en el que estuvieran representados la mayor

parte de los partidos políticos de la época. La propuesta fue rechazada por la Segunda República, que le impidió reunirse con los generales sublevados.

En honor a la verdad, tan real como que no se le permitió salir de prisión es que sus intentos habrían sido en balde. Así lo confirma su biógrafo más famoso, Joan María Thómas, en 'José Antonio. Realidad y mito' (Debate). En primer lugar, por la mala relación que mantenía con Francisco Franco, pero también por el interés que había demostrado parte de la oficialidad sublevada en hacerse con el poder. Aunque,



como se suele decir, nunca lo sabremos. Lo que sí cuentan los libros de historia es que, cuando plantaron al dictador los documentos escritos por el mismo Primo de Rivera, impidió su publicación.

Pero vayamos paso a paso. Primo de Rivera diseñó su propuesta entre finales de julio y principios de agosto de 1936, cuando entendió que el golpe de Estado no iba a dar sus frutos y que el país se dirigía a una extensa Guerra Civil. En palabras de Thomás, el líder de la Falange siempre había abogado por un impacto directo que obligara a la República a renunciar. Un 'crochet' a la mollera: «Quería evitar el ahondamiento de la fractura entre españoles que estaba representando el inicio de la contienda. Esto era lo contrario de lo que predicaba su fascismo: la reunión y unificación de todos los españoles para dejar de lado los partidos políticos divisores y la lucha de clases».

En esencia, y tal y como se supo años después, José Antonio Primo de Rivera proponía la creación de un gobierno de concentración formado por políticos e intelectuales que hiciese guiños a 'hunos' y a 'hotros', que diría Unamuno. «Su idea era viajar a Burgos con el objeto de convencer a los generales golpistas de la necesidad de llegar a un acuerdo con el Gobierno de la República tanto para el cese de las hostilidades, como para la constitución de un nuevo gabinete», añade el experto en su obra. Como garantía de que no se fugaría, tenía pensado dejar en prenda a varios de sus familiares directos, capturados poco antes del comienzo de la Guerra Civil.

Como si algo tenía era tiempo, José Antonio dejó sobre blanco su propuesta en una serie de folios que todavía se conservan y que Jorge Trías Sagnier dio a conocer en este mismo diario hace algunos años. Su ofrecimiento comenzaba con una amnistía general para ambos bandos. A continuación, planteaba la «reposición de los funcionarios declarados cesantes a partir del 18 de julio»; en la práctica, un tirón de orejas a la Segunda República por haber apartado a muchos trabajadores bajo la sospecha de tener unas ideas similares a las de los sublevados. El tercer punto era el más controvertido para el Gobierno:

«Solicito la disolución y desarme de todas las milicias. La existencia comprobada de grupos organizados militarmente hará recaer la responsabilidad sobre las asociaciones o partidos con los que se mantengan relación notoria».

A continuación, incidía en la necesidad de levantar el estado de alarma; revisar las incautaciones hechas desde el estallido de la Guerra Civil; «suprimir toda intervención política en la administración de Justicia» y redactar un programa político «reconstrutivo y pacificador». Los puntos más controvertidos fueron la autorización de la enseñanza religiosa (suprimida desde las reformas de Manuel Azaña años atrás) y la implantación de la ley de Reforma Agraria.

En esencia, y tal y como él mismo escribió en los múltiples documentos que se hallaron en su celda, Primo de Rivera pretendía iniciar una etapa «de reconstrucción política y económica nacional sin persecuciones, sin ánimo de represalia» y que hiciera de España «un país tranquilo, libre y atareado». Sorprende la máxima, ya que, aunque él lo negó hasta el mismo instante en el que fue fusilado, la Falange había sido una de las organizaciones que más habían trabajado para construir un clima de violencia en la etapa previa a la Guerra Civil. Hecho que han corroborado hispanistas como el mismo Stanley G. Payne en sus muchas obras sobre el conflicto.

La segunda columna sobre la que se sustentaba su propuesta era la creación de un gobierno de concentración que, según Tomás, «aplicara un programa que reforzara el estado de derecho». La idea era que estuviese formado por políticos de toda ideología: varios republicanos, un socialista, un catalanista, un conservador y dos intelectuales de reconocido prestigio entre la sociedad. También pensó en los nombres de los protagonistas, los cuales dejó escritos en un folio aparte, y en el cargo que ocuparía cada uno. Los más destacados eran Martínez Barrio como presidente;

Melquíades Álvarez en justicia; Miguel Maura en marina; Ortega y Gasset en obras públicas o Marañón en trabajo y sanidad.

La mayoría eran republicanos templados. Con todo, Tomás es partidario de que faltaban algunos miembros de la CEDA y del Partido Republicano Radical. Ambos, en palabras del autor, por la imposibilidad de hallar un moderado en sus filas. Lo que tampoco incluyó Primo de Rivera en el gobierno fue un solo militar sublevado. Y no por evitar tiranteces, sino porque estaba convencido de que eran «personajes de desoladora mediocridad política» y «reaccionarios». De hecho, en las bases de su propuesta especificaba de forma expresa que era necesario mantenerles al margen: «Hay que excluir, por razón histórica, a los nostálgicos de formas caducas y a los reaccionarios en lo económico social».

Una vez bien atada, Primo de Rivera elevó su propuesta hasta las instancias más altas de la Segunda República en agosto, apenas un mes después del golpe de Estado. La solicitud la hizo por carta al entonces presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, mediante un sencillo mensaje:

«Después de una detenida deliberación en conciencia y con la mira en el servicio de la España de todos, tan gravemente amenazada en los presentes días, me decido a solicitar una audiencia con usted. No sería difícil llevarla a cabo; podría trasladárseme una noche al Gobierno Civil, como si fuera a ser interrogado por el gobernador, y allí ser recibido sin que se enterase nadie».

Hay constancia de que Martínez Barrio recibió la carta y de que, tras leerla, la comentó con el presidente del Consejo de Ministros, José Giral. Ambos se mostraron de acuerdo en que debían entrevistarse con Primo de Rivera, aunque ya por entonces no tenían claro si para poner o no en marcha aquella rocambolesca idea. Al final, seleccionaron al subsecretario Leandro Martín para la tarea. Este departió de forma extensa con el líder de la Falange el 14 de agosto. El barco no llegó a buen puerto; más bien se hundió sin haber llegado siquiera a aguas profundas. «Aunque no tenemos detalles del encuentro, sabemos que posteriormente el gobierno rechazó el plan y la proposición de acuerdo nacional de José Antonio», añade el historiador.

Tiempo después de que José Antonio pasase por un juicio frente a los nuevos Tribunales Populares y fuese fusilado en el patio de la prisión de Alicante, el bando franquista tuvo constancia de su plan de concentración nacional. Huelga decir que a sus mandamases les cayó como una patada en la ingle. «El régimen nunca estuvo

dispuesto a permitir que se conociese la existencia de la proposición y se esforzó por borrar cualquier rastro de la misma», añade Tomás. Los papeles fueron ocultados y las transcripciones llevadas a cabo por algunos investigadores, censuradas. «Aquello no cuadraba con la imagen mítica construida por los franquistas para poder ensalzar a su mártir más importante», finaliza el autor.

Incluso tras la muerte de José Antonio Primo de Rivera, Franco nunca terminó de fiarse de la Falange. En parte, por sus palabras contra los sublevados desde Alicante. Así quedó claro cuando ordenó que la organización fuese seguida de cerca y espía por la red de información APIS. El mismo grupo que se encargaba de pasar al dictador informes constantes de las principales logias masónicas presentes en España. De hecho, siempre solía fanfarronear afirmando que estaba «bien informado de todo cuanto se trama en las logias». El grueso de estos informes le llegó desde los años cuarenta hasta los sesenta. Al menos, así lo explica el historiador Javier Domínguez Arribas en su obra ‘El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista, 1936-1945’.

En la misma, el experto también señala que este grupo de espías estaba formado principalmente por mujeres y que, entre otras cosas, seguía de cerca a los falangistas. «Las acusaciones más graves contra la Falange se encontraban en los documentos que la red APIS atribuía a la 'secta'. En ellos, ciertas actitudes políticas habituales entre los falangistas aparecían como el resultado de consignas masónicas», destaca Arribas. El sector falangista estuvo investigado durante años, al igual que sucedía con todo aquel (con cierta importancia política, eso sí) que se declaraba partidario del rey Don Juan. De hecho, APIS solía pasar también informes de organizaciones «juanistas», como se hacían llamar.

El investigador José María Zavala recoge en sus obras estas ideas y señala que una de las personas más investigadas por el grupo APIS y por los diferentes agentes de Franco fue la hermana de José Antonio, Pilar Primo de Rivera. Por si espiar a su organización no fuera suficiente, en 1937, todavía en plena Guerra Civil, Franco tuvo otra feliz idea que acabó de romper sus relaciones con algunos de sus miembros. Y es que, el 20 de abril decretó que las principales organizaciones políticas que combatían a la República junto a él (falangistas y carlistas) quedarían unidas en un único partido llamado Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE y de las JONS).

Tengo treinta y dos años y nunca he visto a un fascista. Me resulta del todo extraño ya que, según las redes sociales y algunos medios de comunicación, en España se cuentan por millones.

Y digo que es extraño porque, como la mayoría de mis conciudadanos, salgo a la calle a diario y trato de conversar con unos y con otros. A veces el diálogo se inclina hacia cuestiones sociales o políticas, algo normal. Y cuando esto sucede, hay quien sostiene posiciones más progresistas o más conservadoras. Todas igualmente respetables, a mi parecer.

El procedimiento es simple: las exponemos, debatimos, introducimos algún que otro argumento y llegamos a una conclusión. No solemos ponernos de acuerdo, es cierto, pero consideramos el punto de vista ajeno y reflexionamos.

Esto último, dicen algunos, es lo que no hacen los fascistas. Ellos no debaten, imponen. Ellos no argumentan, no lo necesitan, pues poseen la razón absoluta. Y sobre todo, ellos no reflexionan, se rigen por dogmas, indiscutibles por definición.

Ahora bien, quienes utilizan esta anacrónica terminología barajan otro criterio, uno infalible, fundamental, determinante para calificar al prójimo como fascista. Y esta regla es mucho más sencilla que la anterior: es fascista todo aquel que no esté absolutamente de acuerdo conmigo.

Además, hay ciertos temas “prohibidos”, por todos conocidos, que su mero tratamiento en forma contraria a las posturas oficiales te convierte automáticamente en un fascista. Al igual que la indumentaria. Hay prendas diseñadas por y para fascistas, bisutería de fascistas, cortes de pelo de fascistas. Como tampoco podemos olvidar los símbolos. La bandera española es fascista, el himno español es fascista, el toro de Osborne es fascista.

Por el contrario, la senyera, al igual que la ikurriña, son progresistas. Y el nacionalismo, siempre que, por supuesto no sea el español, lo es aún más.

En resumen, España ha caído en las fauces del fascismo. Y todo ha ocurrido tan rápido que la mayoría no nos hemos dado cuenta. Una noche nos fuimos a dormir en una democracia y a la mañana siguiente, por arte de magia, la mitad de nuestros vecinos se habían convertido en aterradores fascistas. Si Mussolini resucitase, sin duda se pondría muy contento.

Ocurre que, por desgracia, aunque al parecer me rodean, yo soy incapaz de verlos. Me esfuerzo, mucho. Cierro los ojos, los vuelvo a abrir y nada. Ningún fascista a la vista.

Lo que sí he presenciado es el “antifascismo”. O, mejor dicho, las nobles acciones de los “jóvenes antifascistas”. Luchadores incansables por la libertad propia y la opresión ajena. Héroe anónimo que, con solidaridad y convicción, prenden



fuego al mobiliario urbano para calentarnos a todos en los meses más fríos del invierno. Paladines de la justicia que atacan y hieren con palos y piedras a los temibles integrantes de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad. Esos mismos a los que luego acuden cuando algún delincuente sin principios les hurta el móvil en un descuido. ¡Abajo la propiedad! Siempre que no sea la mía.

De un tiempo a esta parte, estos quijotes, apoyados por otros idénticamente ataviados, pero ya institucionalizados, se han autoproclamado los defensores de la democracia y del pueblo, concepto este último nebuloso que ha servido de pretexto para las peores atrocidades de la historia reciente y no tan reciente.

Y es que los demás, el pueblo, indefensos por naturaleza, les hemos de estar profundamente agradecidos por haberse erigido en nuestros salvadores. Los antifascistas nos protegen sin descanso de los fascistas. Y con esta finalidad, impiden que nuestros cerebros sean lavados en conferencias y actos organizados por estos malvados seres. Los fascistas han de ser silenciados. Por eso sus mítines deben ser prohibidos por las autoridades.

La ley, sin embargo, no permite dicha prohibición. Porque resulta que existe un derecho llamado de reunión y otro de libertad de expresión. Así lo establece la Constitución. Pero como la Transición fue fascista, la Constitución también lo es. Y todo derecho reconocido a los fascistas debe ser suspendido. La ley que no prohíbe es mala.

A pesar de ello, hemos de estar tranquilos. Por mucho que un acto no esté prohibido, los antifascistas se encargarán de impedir que se celebre. Usarán sus manos, sus pies y algún inofensivo objeto inanimado. Así volverán a salvarnos, pacíficamente.

Vivimos un momento en que todo concepto es vulgarizado. Fascismo y antifascismo. Nada de lo que vemos hoy en día es ni una cosa ni la otra. Basta con repasar la historia para llegar a esta conclusión.

Ya no quedan fascistas. El último murió hace ya muchos años. Y sin ellos, no puede haber antifascistas. No resucitemos los viejos rencores. Enterrémoslos de una vez por todas.

Y recordemos aquellas palabras de Asimov: la violencia es el último refugio del incompetente. Más de uno debería dejarse caer alguna vez por una biblioteca. Porque si bien los libros arden, es mejor leerlos antes de arrojarlos a la pira.

7

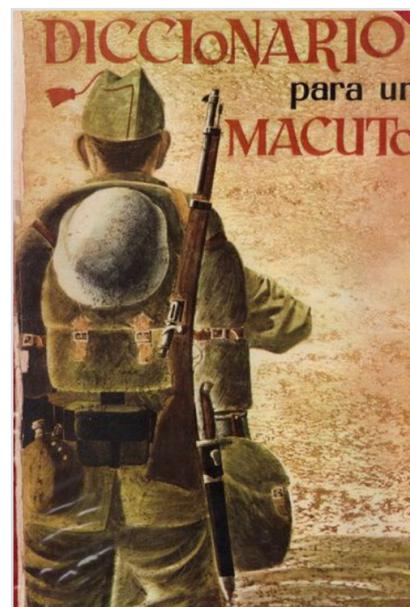
Parada en Delfos

Luis Sánchez-Moliní para Diario de Sevilla

Para muchos, la Puerta de Carmona está asociada al tráfico, al frenesí de los motores y las prisas, un lugar de mero paso para entrar en el centro, girar hacia el Prado o tomar la ruta de oriente por Luis Montoto. Quizás por eso, porque no está en ninguna de las cañadas urbanas que suelo caminar, nunca había entrado en la librería Delfos. Probablemente también por sus orígenes como librería eclesiástica, tema por el que siento hondo respeto, aunque no afición. El pasado martes, sin embargo, los dados se conjuraron y propiciaron que hiciese mi primera y reveladora parada en esta librería estrecha y alargada, con algo de gruta mariana y algo de comercio barojiano, un lugar donde se amontonan libros viejos y nuevos de toda condición, rosarios, bibelots, casullas, minerales y cacharros de barro, como si de repente hubiésemos entrado en el desván de una orden conventual ya extinguida o en el gabinete de San Manuel Bueno Mártir.

El azar o la Providencia (cada uno lo llame como quiera) tiene mañas que nos resultan incomprensibles. El primer libro que tomé en mis manos, una edición de Siruela de *El Barón Rampante*, de Italo Calvino, contenía en su primera página toda una novela. Alguien había escrito con trazo femenino: "Para el hombre que más he querido, quiero y querré. Sevilla, septiembre 1995". ¿Cuáles fueron los caminos que dicho volumen tomó para que tanto e incondicional amor acabase arrumbado en

Delfos, entre libros de Antonio Gala y agendas de años caducados? Probablemente el desamor; o el desagrado; o la muerte de ambos, amadora y amado, en un accidente de tráfico. Si, como se ha dicho, los anticuarios son los rompeolas donde acaban los restos materiales de una fortuna (mantones de manila, cuadros románticos, *impertinentes* para la ópera, diademas apagadas...), las librerías de viejo son yacimientos arqueológicos donde pueden aflorar los restos fragmentados de antiguos quereres, pasiones políticas, gustos estéticos y devociones ultraterrenas. Todo revuelto y olvidado.

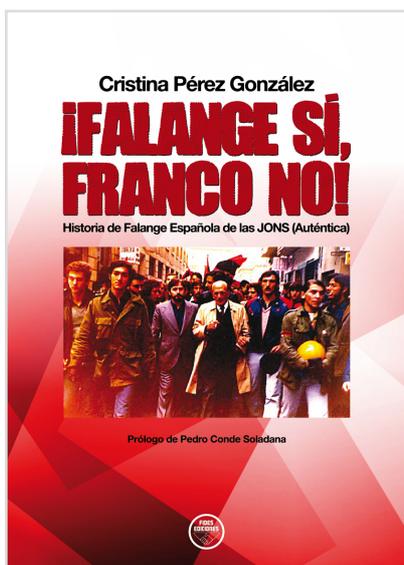


Pero la gran sorpresa de Delfos no llegó hasta que husmeé en un anaquel roturado como *Historia de Sevilla*. Allí, después de años esperándolo, emergió el lomo de *Diccionario para un macuto*, de Rafael García Serrano, libro que presté hace nueve lustros a un conocido y que, como castigo por mi impiedad, nunca regresó. ¿Había sido, al fin, perdonado?. El volumen, que alguien había tuneado primorosamente con una cinta encarnada que servía de marcapáginas, contenía, además, una dedicatoria del autor: "A Luis D. M., con amistad. Rafael". Fue leerla y sentir la cálida camaradería de Rafael, el aroma a valdepeñas y a tabaco negro de las trincheras, su decir áspero y contundente. Sentí, por qué no decirlo, el milagro.

8

Siempre de pie, nunca de rodillas

Emilio Domínguez Díaz para El Correo de España



Por Cristina Pérez González.

Prólogo de Pedro Conde Soladana.

1ª edición, Tarragona. 2021.

24×17 cms., 718 págs.

Cubierta a todo color, con solapas y plastificada mate. Rústica cosido. Incluye un anexo fotográfico de 160

páginas en papel couché.

PVP: 35 euros

Orientaciones:

Con la publicación de *¡Falange sí, Franco no!*, de Cristina Pérez González, Ediciones Fides hace una notabilísima aportación a la historia del nacional-sindicalismo español que transcurre entre los últimos estertores del franquismo y primeros años de la restauración monárquica. Difícil será que en el futuro *¡Falange sí, Franco no!* Sea superado por otro volumen que se adentre en la misma temática. Cinco años de vida de un partido, Falange Española de las JONS (Auténtica), de convulsa y, al fin y a la postre, efímera trayectoria, pero que dejó una indeleble huella en las ulteriores generaciones de falangistas.

9

Castilla por su muerte

José García Nieto



En esta tierra amarga, llena de soles últimos
tu luz ha desnudado la verdad de las cosas.
Para la nueva vida, capitán, por tu cielo,
Castilla ya redobla su timbal amarillo.

Tenía que ofrecerte la palma de su mano,
con las arrugas hondas de los surcos sedientos,
esa caricia abierta de su monotonía
y esos hombres con todo tu dolor en los labios.

Ha pasado el silencio de tu vida de estrella
por esta geografía sin perfil ni malicia,
donde serpea el río limpio de las espadas
y cantan las mujeres tu sueño conseguido.

Han pasado unos brazos que, vestidos de luna,
van amorosamente dándote su camino.
En un ardor de siglos, mira, donde Castilla
termina y no termina nunca, la vieja guardia.

Han pasado unas frentes que aprendieron tu nombre
y ahora llevan tu cuerpo, muerto para más vida;
que la espiga cortada, culminó en su servicio
y es el triunfo difícil el de los elegidos.

Han pasado los hombres que, en cosecha fecunda,
lo fue dando a la tierra, tu verbo luminoso.
La arquitectura unánime y azul de tus legiones
ha movido los campos en los amaneceres.

Esta oración de pueblos para tu último viaje,
rotos como una ofrenda de carne torturada,
enreda en las almenas de sus viejos castillos
la bandera de fuego que ondean las antorchas.

Las salvas han herido, por un alba sin pájaros,
la lenta cabalgata de los distantes árboles.
Al redoble constante del timbal amarillo,
pasa la nueva vida, capitán, por tu cielo.

Discurrir las palabras en un voto andariego:
Chinchilla, casta y fría... Minaya, en un remanso...
Cerca, toda la abierta, castellana meseta;
atrás ya el Mare Nostrum que te cercó en azules.

Hombres los de Castilla, venid para el silencio;

que lágrimas siempre buscan otras mejillas;
la sed de vuestro rostro no se complace en llanto
y acosa en vuestras venas un destino de lucha.

Las hogueras abrasan este suelo sin risas,
donde las amapolas sólo cantan a veces.
Con la dureza exacta de tu estilo, pregonan
estas viejas campanas el credo que ya invade.

Sampol... Montero... Almeida... ¡Qué correctos de gesto
Relevan los luceros en las constelaciones!
¡Por la consigna pálida de tu primera escuadra!
¡Por la gentilhombría de tu primer caído!

Hombres los de Castilla, venid para el silencio
que pasa el primer hombre, vencedor de su siglo.
Magnífico el ejemplo, le va dando a la tierrato
da la enamorada claridad de su muerte.

Enredan las antorchas su fuego en las almenas,
y al redoble constante del timbal amarillo,
por las arrugas hondas de los sedientos surcos,
los hombres castellanos vienen para el silencio.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com